

el que las hojas de los bananos, que se han aventurado a través del enredado, simulan brazos trágicos extendidos como una amenaza o una súplica a la caridad del transeúnte. Y de sus prejuicios: "eso es precisamente lo que necesita este país tan maravillosamente dotado por la naturaleza: un buen tirano...", o "difícilmente perfectible, la raza de Caín se arrastra, sin progresar, por los continentes"

Sin embargo, se advierte un entusiasmo sincero por el paisaje y por la gente, y esto da algo de verdad a la retórica desmesurada. A veces los cuadros son vigorosos y claros y las observaciones reveladoras. Visita a Bogotá, a la que también llama, como Saffray, la Atenas del sur, pero ya sin ironía. Y como aquel, describe los reclutas, ahora en el clima que antecedió a la guerra civil de 1899: "Sus mujeres, sin las que se morirían de hambre, porque el gobierno no les mantiene, esperaban, acurrucadas por los alrededores, la hora de comer. No era la primera vez que veía a esas desgraciadas siguiendo de lejos, retaguardia de miseria, al batallón en marcha de sus maridos o de sus amantes. Me considero incapaz de expresar el estremecimiento que a su paso me sacudía. Pobres bestias de carga, admirables, que llevan sobre sus sufridas espaldas las miserables ropas, el incompleto menaje, sin contar, además, cabeza abajo, coronando la carga, el rorro que vino al mundo en la cuneta del camino; y así siguen con constancia, ayudando, abasteciendo, animando con su alegría y su sacrificio la fatiga y el desamparo de la jornada, dando, con lo que les queda de juventud, un poco de amor a su compañero, un poco de leche a su hijo".

Recorre también a Antioquia. Su peón motiva casi un canto épico. Mientras que a Saffray la mazamorra le parecía un plato digno de figurar en la mesa "de más lujo", d'Espagnat no resiste la dieta: "Resulta divertido ver cómo sus frugales habitantes se contentan con grandes raciones de plátano, de maíz, de arroz al natural, como se hartan de arepas y de pan-dequeso, y luego exclaman en tono

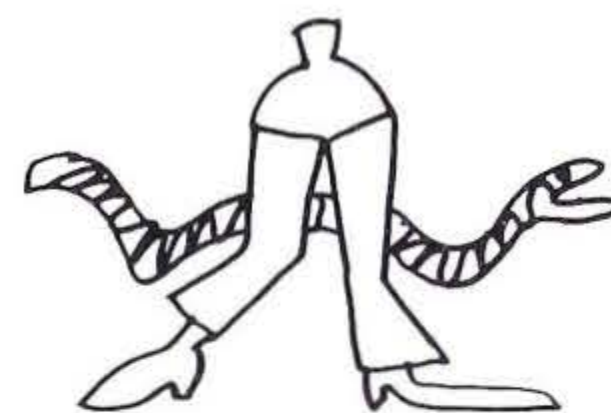
convencido: ¡A esto sí que se llama comer! Es evidente que para ellos una perdiz trufada no tendría aliciente de ningún género. "¿Me atrevería a confesar que experimento la necesidad de volver a Francia para poder almorzar y comer?". La gente de Medellín contrasta con la de Bogotá: "Los ciudadanos de la capital tienen una parte mayor de herencia latina, son alegres, amables y disertos, mientras que los burgueses de Medellín tienen un espíritu más áspero, más yanqui, tienen algo de positivo, de cruelmente práctico". La descripción de las mujeres antioqueñas no podía haber sido más estereotipada, mientras que resalta la alusión a la puñalada traperera; "cuando se ve de lejos una mano baja, en guardia, envuelta en un pañuelo, hay que decirse: cuidado con la barbera".

De la edición francesa de este libro se publicó una traducción en España, la cual fue reproducida en Bogotá, en la Colección de Cultura Popular, en 1942.

Como se advierte, los tres textos se tradujeron en España, y esto crea a veces algunas confusiones. La pita, fique o cabuya, en su paso al francés y su regreso al español, se vuelve el áloe, penca completamente diferente; los aguacates, tras ser *avocats*, se convierten en *abolados*. La nueva edición es una reimpresión fotográfica de las ediciones bogotanas de los cuarenta, menos el de Le Moyne, que copia la de 1969. Se pierden así —como las perdieron ellas— las ilustraciones, en particular las que acompañaron el libro de Saffray. El libro de d'Espagnat suprime el prólogo de la edición colombiana (¿de Carlos Rodríguez Maldonado?), aunque lo deja figurando en el índice.

Estas nuevas ediciones son bastante imperfectas, estética y técnicamente. Sin embargo, llenan su función en forma adecuada; poner al alcance del público lector, que es sobre todo el de los estudiantes universitarios, unos textos que ya era imposible conseguir.

JORGE O. MELO



Entre bostezos y aplausos

Crónica del VII Festival Internacional de Teatro de Manizales

En una esquina desolada de la plaza de Bolívar, un gamín rescataba de entre la basura los innumerables tarros de cerveza y botellas de aguardiente dejados por la última rumba. Del clásico bar de tangos Los Faroles, salían dos desmadejados personajes que durante la semana habían interpretado el papel de críticos y que a estas horas no eran más que dos de los cientos que se habían quedado bebiendo hasta ver el amanecer. Un taxi cruzaba lento la bruma de la madrugada con dos ojerosos periodistas cargados de papeles que iban rumbo al aeropuerto La Nubia a tomar el primero de los doce vuelos adicionales despachados por Aces el domingo 31 de agosto, día en que finalizó el VII Festival Internacional de Teatro en Manizales. A juzgar por los desechos que se observaban en la ciudad esa mañana, el arzobispo, monseñor José Jesús Pimiento, tenía razón cuando dos semanas antes había censurado al festival por ser escenario del diablo. Aunque lo sucedido en la calle durante la semana acusaba más a Lucifer, el jefe de los ángeles rebeldes, de ser el anfitrión.

Pero no puede decirse lo mismo del teatro Los Fundadores, sede de la muestra oficial, donde el anfitrión casi todas las noches, la verdad sea dicha, fue Morfeo.

Bostezos desde 300 pesos

Lo más llamativo de la muestra oficial del festival de teatro no consiguió ser, pese a su excelencia, el montaje espectacular del grupo bra-

sileño, ni el malabarismo del grupo de la Universidad Veracruzana de México, ni la majestuosidad del *Bolívar* llevado a escena por Rajatabla de Venezuela, ni el exceso de lugares comunes interpretados por el Colectivo Isabela Morán. Lo más llamativo, sin duda alguna, consistía en apartar por un momento la mirada del escenario y observar el movimiento de las cabezas silueteadas del público que a intervalos se desmadraban y volvían en sí con ese curioso movimiento de escalofrío que produce en uno mismo el hecho de dormirse donde no debe. No es necesariamente una crítica al festival — puede ser al público —, que probablemente despertaba a la salida para seguir la rumba, pero la verdad es esa: los teatros se llenaban, pero la mitad de la gente se dormía.

El sábado 24 la muestra la abrió el Teatro Libre de Bogotá con *Un muro en el jardín*, original de Jorge Plata y dirigida por Ricardo Camacho. Se le hicieron las mismas críticas de siempre, resumidas con acierto por Gonzalo Escobar: "tiene una malévolta intención de suprimir los símbolos, las insinuaciones; distanciamientos, poesía, todo allí debe ser real".

Mejores comentarios logró *Bent* (Desviado), de Martín Sherman, llevada a escena por el Teatro Nacional con la dirección de Gustavo Londoño. Esta obra siempre logra impresionar, ante todo por la elegancia en el tratamiento del tema.

El tercer día, el lunes 26, se presentó el Grupo Oficial de Artes Escénicas del Ministerio de Cultura de Nicaragua, con la creación colectiva *A golpes de corazón*, dirigida por Lucero Millán. Definitivamente, y aunque se la justifique políticamente, es una pieza demasiado pedagógica, catequística. Antes de la de Nicaragua, se habían visto ya dos representaciones de carácter puramente político: el Nuevo Teatro de los Comediantes, chileno, con *El huevo de Colón*, y El Corralón de Argentina con *Juana de América*. Como siempre sucede en estos casos, la crítica se vuelve discusión acalorada. En resumen, buena actuación la de los chilenos,

pésima la de los argentinos y poca novedad en el montaje.

México estuvo presente con dos obras: una de la Organización Teatral de la Universidad Veracruzana, dirigida por Enrique Pineda y escrita por Hugo Rascón: *Máscara contra cabellera* que para la mayoría de los espectadores constituyó una vulgar lucha libre justificada por el escenario. La otra fue *Los que no usan esmoquin*, del grupo Contigo América, pobre elaboración de la realidad donde la mesa es la mesa, la nevera es la nevera y los personajes son una caricatura de la clase obrera latinoamericana, que en la realidad nada tiene que ver con esos personajes melosos de salidas irreales. Es el mismo problema de *Testimonios de las muertes de Sabina*, del grupo El Rostro de Chile, diálogo entre dos personajes del lumpen que no agrega nada a la historia de los marginados. El tema de la vida urbana marginal es retomado constantemente por los grupos latinoamericanos, según se ha visto en los dos festivales, pero generalmente se incurre en un realismo que no ofrece perspectivas y se queda siempre corto ante esa realidad que con sus gritos ensordece las escenas diarias de las ciudades latinoamericanas.

Tema muy semejante trajo el grupo ecuatoriano El Juglar, en *Cómo e' la cosa*, creación colectiva dirigida por Ernesto Suárez. Si bien un poco más lograda que las mencionadas, en especial por la calidad de los actores, de pronto se escapaban unas frases sueltas, como de reflexión hacia el espectador, que de un golpe le bajaban el ritmo a la acción.

Italia no acertó en el gusto del público: la primera obra del Colectivo Isabella Morán, no le gustó a nadie por lo retardatario en el tratamiento del tema sobre la liberación de la mujer. La segunda, *La panna acida*, (La crema agria), a pesar de la limpia actuación de las dos actrices, no logró llegar a la gente, que quedó excluida hasta por la barrera del idioma.

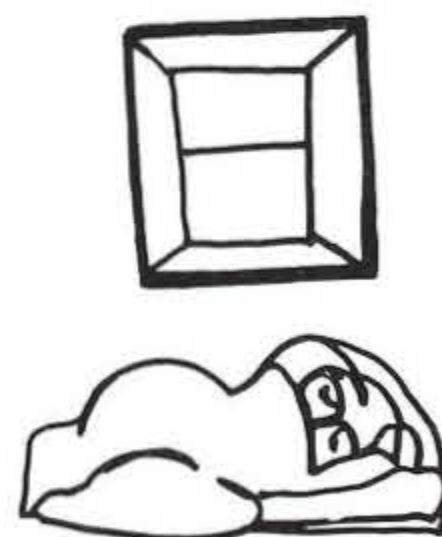
Se presentaron, además, grupos colombianos cuyo fracaso debe abonarse al festival, que los programó sin tener en cuenta que simplemente

su poca trayectoria no les daba la talla. Es el caso de los grupos de Pamplona, de la Universidad del Valle, de Bellas Artes de Cali, de la EPA de Medellín, y del Aguijón.

No obstante, teatro colombiano hubo, y bueno, a diferencia del año pasado, pese a la ausencia del 80% de los grupos nacionales que se abstuvieron de participar (Corporación de Teatro y Cortina).

El taller de Artes de Medellín, con *El arquitecto y el emperador de Asiria*, logró excelente crítica, en especial extranjera, ante todo por su impecable actuación. Igualmente Acto Latino, con *Odina*, se robó los aplausos por el desempeño de la actriz. Buena aceptación obtuvo La Fanfarria (teatro) con la *Bella Otero*. Destacable el texto, cuyo autor es Freidel, director del grupo. Irreprochable la escenografía de *Retrato de una dama con perrito*, del grupo de la Universidad de Antioquia, con éxito para el teatro del absurdo, que suele suscitar críticas adversas. En general, Colombia puede salir con la cara en alto.

Entre las obras extranjeras, la que enloqueció al público fue *Ubu folias physicas, pataphysicas e musicaes*, de Alfred Jarry —precisamente, precursor del teatro del absurdo, dirigida por Cacá Rosset, del grupo Ornitorrinco de Brasil. Un desbordante montaje que utiliza elementos musicales, escenográficos y circenses, para conquistar a todos y atraerse los parabienes de los entendidos. El Teatro Fronterizo de España, con *Naque de piojos y actores*, se ganó la aceptación de los especialistas, más no la del común de la gente; es, sin embargo, una novedosa propuesta de teatro dentro del teatro.



Por último, Noruega, con el monólogo de una polifacética actriz, Elsa Kvamme, escrito y dirigido por ella misma, *El hombre que dio a luz una mujer o siete tentativas de cambio*, texto polémico y poético, mostró algo completamente distinto de lo visto durante la semana.

Para mayores de ocho años

Si la muestra de teatro dejó aspiraciones insatisfechas, los grupos de títeres, marginados por los horarios, los malos escenarios y la crítica, ofrecieron una muestra completa por lo diversa, los planteamientos novedosos, la buena técnica, los bellos textos y, como si fuera poco la nacionalidad colombiana de todos los grupos. El primero fue Granito Cafecito, grupo manizaleño de mucha trayectoria que abrió las mejores perspectivas. Luego El Taller de Artes de Medellín, con *El sol negro*, canto a la vida, con inmejorable técnica. El tercero: Barquito de Papel, de Cali, no por tradicional menos bueno. Vino luego la versión de titiriteros de La Fanfarria de Medellín, con *Las aventuras de don Goriloche en su vago coche*: el papel y el origami puestos al servicio del arte. De Bogotá: *La paciencia de la guayaba*, y La Libélula Dorada con *Espíritus lúdicos*, buenos, como siempre. Nos permitimos incluir aquí el Taller Escuela de Teatro y Títeres de la Universidad Nacional, de Enrique Vargas, con un interesante experimento de contar historias valiéndose de una escenografía en miniatura.

Hay, sin embargo, una falta que empaña la actuación de los titiriteros: todos, absolutamente todos, sin excepción, se quejaron de que los niños gritaban y se reían mucho, impidiéndole oír a algún crítico tieso que los pudiera alabar en el periódico. El tercer día llegaron a implantar la censura "Para mayores de ocho años", se leía a la entrada.

El teatro se enfrenta en la calle

Quince días antes de que los "especialistas" aterrizaran en Manizales, un grupo de dieciséis actores, juglares, maromeros o saltimbanquis, como quieran llamarse, llegaron con

sus zancos, máscaras, muñecos, trompetas y tambores, para instalarse en barrios marginales de la ciudad y llevar a cabo —como ellos lo llaman— "Simbiosis: Laboratorio espectáculo en un sobresalto".

Durante la primera semana se dedicaron a crear entre todos una propuesta de montaje, a programar el trabajo y a realizar funciones nocturnas en los barrios, mediante las que se fueron ganando primero a los niños y luego a los adultos, reacios como consecuencia de los sermones de los curas.

A la semana siguiente contaban con 260 personas, entre niños, viejos y adolescentes, que querían participar en el espectáculo. Todos fueron en expedición al basurero municipal, de donde sacaron desechos para que cada quien vistiera su personaje. Las señoras cosieron, los señores serrucharon, los niños se divirtieron y todos estuvieron el sábado 31 en *Simbiosis*, espectáculo callejero que anunció doce horas continuas y un intento real de acercamiento al público, de confrontación del actor con el ciudadano común y corriente.

Definitivamente son los teatreros de la calle los que se la juegan con una conciencia muy política, por lo contestataria, y algunas veces muy refinada, como es el caso del grupo La Papaya Partía y sus súcubos, quienes, además de sus rituales y místicas presentaciones, invitaron el miércoles a una cena en la plaza de Bolívar, en la que con una actuación irreverente y estética se preguntaron por el hambre, sin panfletos ni estridencias.

Otro día, inesperadamente los súcubos se treparon plásticamente por los santos de la catedral de Manizales (cerrada por una enorme reja), preguntando sin palabras y con acierto por la censura con que el clero castigaba al festival.

De destacarse, también, la actuación de un grupo nuevo, *Órdenes de cómicos banda de arlequino*, con un trabajo elaborado.

Los teatreros de la calle están a todas horas y en todas partes, convocan y reúnen, le roban sonrisas a todo el mundo y rompen el espacio

con sus colores y sus zancos y son los mismos que el año pasado se tomaron el festival sin ser invitados y le dieron una apertura que a nadie se le olvidará, cuando un personaje, a tres metros de altura, se enfrentó al señor presidente de la república. Son los callejeros los que mantienen el ritmo. Simbiosis, en especial, es una experiencia sin precedentes que, aunque su resultado final aguanta varias críticas, permite a la gente vivir el teatro por conducto de ellos, que son, en definitiva, los que convocan a Lucifer.

ÁNGELA MARÍA PÉREZ



Mirada posterior

América: mirada interior

Figari, Reverón, Santa María

Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, julio-agosto de 1985

Nunca antes se habían tomado entre nosotros tales medidas de seguridad, que en algún momento llegaron a ser realmente extremadas, como cuando llegaron las obras al aeropuerto y fueron transportadas en carros blindados y a una velocidad mínima hasta el centro de la ciudad, con la escolta de siete guardias del Banco de la República. Los requisitos de climatización, para las obras que venían de Venezuela, llegaron al margen del mayor refinamiento. La Galería Nacional de Caracas asignó a la museóloga Gipsy Venegas la tarea de fiscalizar personalmente el cumplimiento de todas las condiciones técnicas y policivas para evitar el mínimo deterioro a las obras de Reverón. Los venezolanos, hay que decirlo, han desarrollado una gran sensibilidad por la conservación de su patrimonio cultural, justamente por las